

La crucial cuestión de la credibilidad

En su discurso de aceptación de la candidatura a la Presidencia de la República, el Dr. Julio María Sanguinetti aseguró que no se resignaría a aceptar que el destino del país debía reducirse a pagar la deuda externa durante una generación entera. Por más que sea acertado como expresó el candidato batllista, poner metas que trasciendan un mero salir del paso en ese sentido, la ubicación del tema entre los primeros de su allocución reduce la adecuada comprensión de la preeminencia que el mismo asumirá el año que viene en el contexto del quehacer gubernamental.

Es importante que la ciudadanía en general tenga igualmente una vivencia nítida al respecto. Nay, para decirlo con el lenguaje de los economistas, un mercado político, que inevitablemente condiciona las campañas electorales. Los candidatos no pueden ignorar el mercado sin riesgo de caer en bancarrota política. De poco sirve la mejor plataforma en materia de estrategia económica si los votos van a ser captados por las menos buenas o las directamente malas. Ello implica un papel para los órganos no partidarios de una democracia, entre ellos la prensa independiente. Esta posee una clara vocación de realismo, al no depender del mercado político, sino, al revés, constituir uno de sus determinantes. De su éxito en cumplir esa misión depende que los electores demanden de los candidatos pronunciamientos razonables sobre los problemas concretos y actuales que el país enfrenta, y rechace por obsoletas las propuestas, otrora frecuentes, de una economía, irreal, onírica, en que el estado es un dispensador de todos los bienes, posee recursos infinitos, protege a todos los sectores a la vez, quedando implícito que todo se reduce a que la república, entre poseer riqueza en abundancia y bien distribuida por un lado, y ser pobre y profundamente desigual por otro lado, se resuelva a preferir lo primero.

Asumiendo el desafío que ello conlleva para un periódico políticamente independiente como **Busqueda**, hoy queremos transmitir a nuestros lectores, en tanto que ciudadanos y electores, dos mensajes complementarios.

En primer término, queremos decirles que toda

plataforma que no posea un ingrediente apreciable de "sudor y lágrimas" merecerá ser sospechada de tergiversación demagógica de la realidad nacional.

En segundo término, que si trascender el plano de la austeridad y el sacrificio, como propuso el Dr. Sanguinetti, represente una meta razonable y humanamente inasistible, ella conlleva que el partido manamente inasistible, ella conlleva que el deber de que la abraza asuma al mismo tiempo un deber de lucidez muy especial. Es preciso que precise el origen de la deuda externa y explique, en función de él, cómo será posible revertir el panorama de endeudamiento apabullante por otro camino que el de una depresión indefinidamente larga de los niveles de consumo e inversión.

La ciudadanía no debe sentirse satisfecha, respecto al origen de la deuda, con la respuesta del comité interpartidario de economistas, que elaboró y difundió un estudio sobre esa cuestión. Ese grupo de expertos se mostró particularmente preocupado por cuantificar el monto del endeudamiento y en clasificarlo adecuadamente, así como en delinear los aspectos de una estrategia económica para el futuro próximo, que se resumen en el sustantivo "concertación", y que no guarda con la deuda ninguna relación demasiado concreta, ya que se trata mucho más de una presunta panacea que de una solución específica para un problema determinado pero su informe no contiene una explicación propiamente dicha de la génesis del endeudamiento.

En lo que nos es particular, opinamos que el origen de la deuda debe percibirse con fuertes ingredientes de irresponsabilidad fiscal, desorden monetario, y fuga de capitales, como resultante de lo anterior. Es fundamental reconocerlo, porque la falta de credibilidad en la moneda uruguaya persiste, y luego de gastar una fuga de 1300 millones de dólares en 1982, propició una de 300 millones el año pasado, y (según nuestros cálculos) una de 200 millones a tasa anual durante el primer trimestre de este año. Tomando el período 1981 —primer trimestre del '84, estimamos en 1800 millones de dólares la sangría, lo que explica algo así como el 70% de la deuda total.

Más aún, es altamente probable que la mera cer-

canía de las elecciones, y de un tiempo político que los observadores tendrán fuerte inclinación a asociar con una nueva fase de desorden monetario, agrave el problema. Frente a esta realidad hay dos estrategias posibles. La policial, consistente en poner controles de cambio y tratar de frenar el dinero en las fronteras, y la económica, que intenta atacar las raíces del problema y extraerlas como una planta maligna del suelo nacional. La diferencia entre una y otra estrategia es crucial, porque la primera, por de pronto, está condenada al fracaso —mírese a Argentina, mírese a Italia, mírese al Uruguay anterior al '74, etc.— y en segundo lugar, aun triunfando, sólo podría detener la hemorragia, jamás revertirla, jamás transformar la fuga de capital en una repatriación de capital y en un flujo de inversión extranjera directa, capaces entre ambas de tonificar la economía y ensanchar la ración externa al crecimiento.

Como lo ha señalado el Profesor Rudiger Dornbusch, de MIT, en un artículo reciente ("Challange", julio de 1984) la deuda latinoamericana, y no sólo la uruguaya, careció de contraparte significativa en la inversión productiva, y en su mayor parte "financió déficit fiscales, fugas de capital, y acumulación de bienes de consumo duradero..." La contramedida, para el Uruguay, para América Latina, consiste en atraer un flujo de inversión del exterior hacia la acumulación de capital real productivo, ya sea de propiedad de no residentes, ya sea repatriación de capital emigrado. Ese es el único camino practicable que puede hacer que el sudor y las lágrimas del corto plazo se combinen con el rayo de sol al extremo del túnel.

La dificultad extrema para ello proviene del faltante de credibilidad, que en alguna medida es endémica en la región latinoamericana, y que en el Uruguay se volvió agudo luego del desastre de 1982 y de la repudiación de sus compromisos en materia de política cambiaria por parte del gobierno del General Alvarez.

Cómo puede ser posible remontar esa doble cordillera es ya otro tema, que nos ocupará en una ocasión próxima.